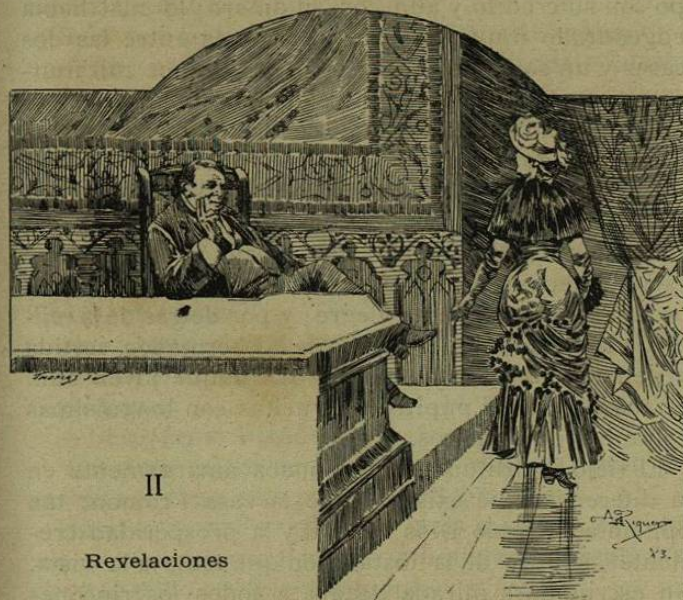


He aquí, en verdad, el primer efecto de esta clase que hubiera producido nunca en una casa la aparición del hombrecito azul. Regularmente, por donde quiera que pasa el importuno y detestable gnomo desune las manos y los corazones, desvía el espíritu de sus afecciones más caras agitándolo con mil inquietudes y temores despertados al són de su siniestro y pavoroso grito por encima de los tejados:

« ¡El vencimiento! ¡El vencimiento! »



II

Revelaciones

HOLA, Sigismundo! ¿Cómo va, señor Planus?...
¿Y los negocios? ¿Cómo anda la casa?

El viejo cajero sonreía con expresión alegre, digámoslo así, estrechando la mano del principal, de su mujer, de su hermano, y hablando hablando miraba con cierta curiosidad alrededor.

Estaba en una fábrica de papeles pintados en el arrabal de San Antonio, dirigida por los Prochasson, cuya concurrencia había llegado á hacerse temible. Estos antiguos dependientes de la casa Fromont, establecidos por su cuenta, habían comenzado muy modestamente, habiendo llegado poco á poco á crearse una posición respetable.

El antiguo Fromont los había sostenido mucho tiempo con su crédito y aun con su dinero; lo cual había engendrado muy amistosas relaciones entre las dos casas y un saldo de cuenta de diez á quince mil francos, que no se habían hecho efectivos antes porque se sabía que el dinero en manos de los Prochasson estaba en muy buenas manos.

El aspecto de la fábrica inspiraba en efecto confianza. Las chimeneas sacudían orgullosamente sus penachos: por el sordo rumor del trabajo se conocía que estaban llenos los talleres; todo parecía en movimiento ordenado, disciplinado, alegre; y por detrás de la rejilla de la caja, la mujer de uno de los hermanos, vestida y peinada sin cosa de perifollos, aunque joven aún, estaba sentada al pupitre y á vueltas con longuísimas columnas de números.

El viejo Sigismundo reflexionaba amargamente en la diferencia que existía entre la casa Fromont tan opulenta, cuando Dios quería, y la prosperidad creciente siempre de la instalación que tenía á la vista. Su escrutadora mirada llegaba á todos los rincones buscando un defecto, algo que criticar; y aquello de no encontrar nada le oprimía el corazón y daba á su sonrisa cierta expresión de violencia ó falsedad.

Pero lo que más lo embarazaba era el modo de entrarles, la manera de reclamar el saldo pendiente sin dejar ver la penuria de su caja. Y con esta idea, el bueno del hombre aparentaba cierto desprendimiento ó desinterés digno en verdad de compasión. Los negocios de su casa iban bien... muy bien; pasaba por allí casualmente y le había dado la idea de entrar, cosa naturalísima, á ver á sus antiguos amigos.

Pero estos preámbulos, estos circunloquios no lo llevaban á donde él quería; antes bien lo alejaban de su objeto; y creyendo notar cierta extrañeza en los ojos de los que lo escuchaban, acabó de extraviarse.

bostezó, y en último recurso, tomando su sombrero, hizo como que se iba.

Ya en la puerta, tuvo como un recuerdo súbito.

— ¡Ah! — exclamó desandando lo andado. — Puesto que estoy aquí ya...

Y guiñó un ojo con expresión que él creyó maligna y no era sino dolorosa.

— Ya que estoy aquí... liquidaremos nuestra antigua cuenta... si no hay inconveniente.

Los dos hermanos y la mujer sentada en el despacho se miraron un momento sin comprender.

— ¿Qué cuenta?

Ahora todos tres se echaron á reír al mismo tiempo y de muy buena gana, como de una broma pesada de Sigismundo.

— Pero, señor Planus...

Y el viejo cajero se echó á reír también, pero sin maldita la gana, sólo por hacer lo que ellos.

Hubo al fin una explicación. Seis meses antes había ido el mismo Jorge Fromont á liquidar la cuenta y se llevó el saldo en dinero contante y sonante.

Á Sigismundo le flaquearon las rodillas. Tuvo, sin embargo, el suficiente valor para contestar:

— ¡Pardiez! Es verdad... lo había olvidado completamente... ¡Ah! Sigismundo Planus se hace ya viejo. Ya voy para abajo, hijos míos... ya voy para abajo.

Y el pobre hombre se retiró enjugándose los ojos, en cuyas pestañas titilaban aún gruesas lágrimas, arrancadas por las risotadas anteriores.

Luégo que hubo salido, los jóvenes Prochasson se miraron, moviendo la cabeza en señal de haber comprendido.

El aturdimiento del golpe recibido fué tan grande, que el viejo cajero tuvo que sentarse en el primer banco que encontró en la calle.

He aquí por qué no tomaba ya Jorge dinero de caja:

él mismo hacía los cobros, pues lo que había hecho en casa de los Prochasson debía de haber hecho en todas partes. Era pues ocioso exponerse á nuevas humillaciones...

Sí, pero el vencimiento... ¡el vencimiento!...

Á esta idea recobró su aliento, se enjugó el sudor de la frente y se puso otra vez en camino para tentar otro recurso en casa de un cliente del arrabal. Sólo que esta vez tomó sus precauciones y desde el umbral gritó al cajero:

— Buenos días, señor Fulano... Un dato, por favor.

Sigismundo tenía la puerta entornada y la mano crispada en el botón del picaporte.

—¿En qué época arreglamos nuestra última factura? Se me olvidó hacer el asiento y...

¡Oh! Hacía ya mucho tiempo que la factura estaba pagada. El recibo de Fromont tenía la fecha de setiembre; es decir, hacía cinco meses.

La puerta se cerró á golpe y con viveza.

Y van dos... y llevo cero.

No cabía dudar: en todas partes habría hecho lo mismo aquel hombre dejado de la mano de Dios.

— ¡Ah! señor Jorge!... ¡Señor Jorge!— murmuraba el pobre Sigismundo.

Y mientras continuaba su expedición con el cuerpo encorvado y las piernas vacilantes, el carruaje de madama Fromont pasó rozándose con él hacia la estación de Orleans; pero Clara no vió al viejo Planus, como no había visto tampoco, al salir de su casa, á Mr. Chebe ni al ilustre Delobelle, dos mártires también del vencimiento, torcer cada cual por su lado la esquina de la calle de *Vieilles-Haudriettes*, llevando por objetivo la fábrica y el portamonedas de Risler. Iba demasiado preocupada Clara con la gestión que iba á hacer para mirar á los transeuntes.

Y tenía razón que le sobraba. ¡Ir á pedir cien mil

francos á Mr. Gardinois, que se jactaba de no haber pedido prestado un céntimo en su vida, que refería con frecuencia y sin rubor que habiendo tenido necesidad de pedir á su padre cuarenta francos para comprarse unos calzones, le devolvió esta cantidad por pequeñas partidas..! Para con todo el mundo, sin exceptuar á sus hijos, el viejo Gardinois seguía sus tradiciones de rapacidad, que la tierra dura y las más de las veces ingrata para los que la cultivan, parece inculcar á los campesinos. El viejo avaro no quería que en vida suya pasara á su familia la más mínima parte de su pingüe hacienda.

— Ya lo encontrarán todo á mi muerte — solía decir.

Partiendo de este principio, había casado á su hija, madama Fromont, madre, sin darle la menor dote, y más tarde no perdonó á su yerno haber hecho fortuna sin ninguna ayuda por su parte; porque era una de las malas condiciones de aquel carácter tan vanidoso como interesado, querer que todos tuvieran necesidad de él y se inclinaran ante su dinero.

Cuando los Fromont se regocijaban en su presencia celebrando el buen giro que iban tomando los negocios, se sonreía irónicamente y decía con un tono que estremecía:

— Eso se verá al fin.

Á veces también, cuando el parque, las avenidas, las azules pizarras del palacio, los rojizos ladrillos de las caballerizas y los estanques resplandecían bañados por la dorada luz del sol poniente, aquel extraño advenedizo, después de una mirada circular, decía de noche á sus hijos en Savigny:

— Lo que me consuela de morir un día es que nadie en mi familia será bastante rico para conservar un palacio, que cuesta cincuenta mil francos anuales de conservación.

Sin embargo, con ese cariño de retoño que aun los

abuelos más secos hallan en el fondo de su corazón, el viejo Gardinois hubiera mimado de buena voluntad á su nieta. Pero Clara había sentido desde niña invencible antipatía á su abuelo por la dureza de su corazón y el glorioso egoísmo, digámoslo así, del antiguo campesino: después, cuando el afecto no pone lazos entre los que se repelen por diferencias de educación, sube de punto la antipatía por mil respetos. Con ocasión del casamiento de Clara con Jorge, el abuelo dijo á su hija, madre de la Clara:

— Si tu hija quiere, tendrá de mí un regalo de princesa; pero me lo ha de pedir ella misma.

Y Clara no tuvo nada de él, porque nada le pidió.

¡Qué suplicio para ella tener que ir, tres años después, á implorar de su generosidad antes desdeñada cien mil francos! ¡Qué mortificación haber de oír su sermoneo sazonado de chanzonetas berrinas, de palabrotas de terruño, de dichos exactos en general, hallados por ingenios mezquinos, pero lógicos, y que ofenden en su lenguaje trivial como la injuria de un inferior!...

¡Pobre Clara! Su marido y su padre iban á ser humillados en ella misma, como quiera que sería preciso confesar el poco acierto del uno en la gestión de un negocio que el otro había fundado y de que estaba tan orgulloso en vida. Esta idea de que iba á defender lo que más amaba en el mundo hacía su fuerza, pero también su flaqueza.

Eran las once de la mañana cuando llegó á Savigny. Como no había avisado á nadie su visita, no la esperaba en la estación el carruaje de la quinta y tuvo que ir á pié hasta ella.

El frío era bastante vivo y el camino estaba seco y duro. El cierzo soplaba libremente en la árida llanura y en el río, donde silbaba al través de las ramas de los desnudos árboles. Bajo el oscuro manto de un cielo

nebuloso, aparecía la quinta desarrollando su larga línea de muretes y setos que la separaban de los campos: las pizarras de sus cubiertas estaban tan sombrías como el cielo que reflejaban; y toda aquella magnífica residencia de verano, transformada por el invierno, áspera, muda, sin una hoja en sus árboles, ni una paloma en sus aleros, parecía que no conservaba ya vivo más que el estremecimiento de sus estanques y el balanceo de sus altos álamos.

Desde lejos miraba Clara la casa de su juventud con profunda tristeza; parecía que Savigny la recibía con semblante frío, aristocrático, ni más ni menos que á los extraños pasajeros que se detenían un momento en sus verjas.

¡Oh semblante cruel de las cosas!

Y sin embargo, no, no tan cruel; porque con su aspecto de casa cerrada, parecía como que le decía Savigny:

— ¡Vete! ¡No entres aquí!

Y si Clara hubiera querido oírlo, renunciando á su proyecto de hablar al abuelo, muy luégo hubiera vuelto á París á guardar el reposo de su vida. Pero la pobre niña no comprendió, y ya el fiero terranova que la había reconocido, llegaba saltando de alegría entre las hojas secas y resoplaba á la puerta de entrada.

— Buenos días, Francisca — dijo Clara, saludando á la jardinera que vino á abrirle, humilde, falsa, tímida como todos los criados de la casa, cuando se sentían bajo el ojo del amo. — ¿Y el abuelo? — le preguntó luégo.

El buen señor (mejor nos lo dejare Dios) estaba en su despacho, pabellón independiente del cuerpo del edificio, en el cual pabellón pasaba los días papeleando en carpetas, cajas y libracos verdes con ese afán oficinesco que provenía de su ignorancia primitiva y de la impresión fantástica que en otro tiempo le hiciera el despacho del notario de su pueblo.

En aquel momento estaba encerrado allí con su guarda, especie de espía de campo, delator asalariado que lo tenía al corriente de todo lo que se hacía y decía en el país.

Era el favorito del régulo rural, llamábase *Fouinat* y hacía bien en llamarse así, pues tenía la cabeza aplastada, astuta y sanguinaria de la alimaña de su nombre, llamada fuina ó garduña.

Al ver entrar á su nieta, pálida y temblorosa entre sus pieles, luégo al punto comprendió el abuelo que pasaba algo extraordinario ó grave, y con esto hizo una seña á Fouinat, el cual dándose por entendido, desapareció por la entornada puerta, como si se hubiera metido en la misma pared.

—¿Qué tienes, muchacha?— le preguntó el abuelo, sentado á su bufete.—Estás *perlutada*.

Perlutada (*perluttée*) en el dialecto berrino, significa turbada, enloquecida, demudada, y en este sentido podía aplicarse muy bien á Clara. Su caminata al aire libre de la llanura y el esfuerzo de ánimo que había hecho para dar aquel paso, daban á su semblante una expresión que no era la suya ordinaria. Sin que el abuelo le hubiera abierto los brazos, Clara lo rodeó con los suyos y se sentó á la chimenea, donde ardían, dando estallidos, leños y piñas entre musgo seco.

Ni siquiera se entretuvo en sacudir las gotas de lluvia que se habían helado en su velo, y habló encontrante, fiel á su resolución de decir desde luégo el motivo de su visita, antes de respirar la atmósfera de respeto y temor que rodeaba al abuelo, haciendo de él una especie de dios espantable.

Valor necesitaba para no turbarse, para no cortarse ante aquellos ojos claros y penetrantes que la miraban fijamente, animados desde las primeras palabras por una fruición maligna, y ante aquella feroz boca cuyas comisuras parecían cerradas por el mutismo volunta-

rio, por la obstinación, por las negaciones, en fin, de toda sensibilidad.

Clara fué de un tirón hasta el fin, respetuosa sin humildad, disimulando su emoción y manteniendo entera su voz á fuerza de verdad en su narración.

Viéndolos así frente á frente, el uno frío, tranquilo, repantigado en su poltrona, con las manos en los bolsillos de su chaleco de muletón gris, la otra cuidadosa de las palabras que decía, como si álguien tuviera la potestad de condenarla ó absolverla, no se hubiera creído que era una niña en presencia de su abuelo, sino una infeliz reo ante su juez.

El pensamiento del menguado viejo se cernía orgulloso y satisfecho sobre la vanagloria de su triunfo. ¡Por fin, por fin, están vencidos esos altaneros Fromont! Todavía necesitaban al viejo Gardinois. La vanidad, que era su pasión dominante, se derramaba afuera, fluía por su hinchada persona, como el sudor, como la transpiración, por todos los poros de su cuerpo, y á esta pasión correspondía su actitud.

Cuando Clara hubo acabado, tomó la palabra él á su vez y comenzó á este tenor:

—Seguro estaba yo de ello... Ya lo había dicho yo... Sabía yo muy bien que eso vendría á parar á esto...

Y en el mismo tono vulgar, grosero y aun ofensivo, continuó sermoneando, para venir á esta conclusión:

—En virtud de mis principios, bien conocidos de la familia, no puedo prestar á nadie un céntimo.

Clara entonces habló de su hija, del apellido de su esposo, que era también el de su padre, y cuyo honor pondría en lenguas la inminente quiebra.

El viejo permaneció frío, implacable y se aprovechó de su humillación para humillarla más aún, pues era de esa raza de rústicos que, cuando el enemigo cae, no lo dejan sin marcarle en el rostro las herraduras de sus zapatos.

—Lo mas que puedo decirte, niña, es que Savigny está abierto para vosotros. Venios, pues, acá. Precisamente necesito ahora un secretario y tu marido podría desempeñar este cargo con mil doscientos francos anuales, ó sean cien francos al mes y la pitanza para todos. Ofrécele esto en mi nombre y...

Clara se levantó indignada. Había ido como una hija y la recibía él como una mendiga. A Dios gracias, todavía no estaba en este caso.

—¡Hola!—exclamó el viejo Gardinois guiñando un ojo ferozmente.

Clara se dirigió á la puerta sin decir una palabra. El viejo la detuvo con un gesto.

—Cuenta, niña, cuenta que no sabes lo que rehusas. En interés tuyo, óyelo bien, en interés exclusivamente tuyo, te he propuesto que venga acá tu marido... Tú, infeliz, no sabes la vida que lleva por allá: lo ignoras, á buen seguro; donde no, te hubieras ahorrado esta molestia, no hubieras venido por mi dinero para que vaya á parar adonde el tuyo... ¡Ah! estoy en autos de todo y sé por qué pasos ha venido á este extremo tu marido. Para eso tengo yo mi policía en París y en Asnières, lo mismo que en Savigny. Sé en qué invierte los días y las noches, y no, no quiero que mis escudos vayan á donde él va; porque no son lugares muy limpios para el dinero ganado honradamente.

Clara abría tamaños ojos, agrandados por el asombro y la angustia, sintiendo que en aquel momento entraba un drama pavoroso en su vida por la puerta excusada de las delaciones.

El viejo continuó diciendo, y ahora con infernal sarcasmo:

—Ciertamente: lo que es ella tiene buenos dientes.

—¿Ella?

—Sí, ella... Sidonia.

—¡Sidonia!

—Acaso no debiera haberte dicho su nombre... pero, en fin, ya lo he dicho: al cabo habías de saberlo, sino hoy, mañana ó el otro. Pero vosotras las mujeres sois tan vanidosas y necias, que la idea de que se os puede engañar es siempre la última que os pasa por la cabeza. En buen hora: ya lo sabes... Sidonia es quien se lo ha engullido todo, con el consentimiento de su marido, por más señas.

Y ya en tal camino, refirió sin piedad á la mal herida esposa, como si quisiera rematarla, de dónde provenía el dinero de la casa de Asnières, de los caballos, de los coches y hasta cómo estaba amueblado el oculto nido de sus amoríos en la avenida Gabriel, sin olvidar detalle por mínimo que fuera. Bien se conocía que, habiendo tenido nueva ocasión de ejercer su espionaje, se había despachado á su gusto. Acaso también había en el fondo de todo esto una rabia sorda contra la misma Sidonia, el despecho de un amor senil, íntimo, oculto, no comunicado.

Clara lo escuchaba en silencio y hasta con cierta sonrisa de incredulidad. Y esta sonrisa todavía excitaba al viejo, espoleando su excomulgada malicia.

—¡Cómo! ¿No me crees? ¿Quieres pruebas? Pues te las daré.

Y se las daba numerosas, la abrumaba con ellas, le acribillaba el corazón á puñaladas.

En efecto, no tenía más que ir á la tienda de Darches, el joyero de la calle de la Paz. Quince días atrás había comprado allí Jorge un collar de diamantes por treinta mil francos, ¡Treinta mil francos de diamantes en visperas de declararse en quiebra!

Hubiera podido seguir hablando todo el santo día sin que Clara lo hubiera interrumpido. Conocía que al menor esfuerzo hubieran venido afuera las lágrimas de que rebosaban sus ojos, y quería al contrario sonreír la valiente mujer, sonreír hasta el fin. Sólo á bre-

ves intervalos miraba hacia el camino: tenía prisa de irse, de escaparse, de huir de aquella voz maligna, punzante, cortante, impía, horrorosa...

Por fin calló el hablador: lo había dicho todo.

Clara se inclinó en despedida y se dirigió á la puerta.

—¿Te vas? ¡Qué prisa tienes!—exclamó el abuelo siguiéndola afuera.

En el fondo, estaba un poco avergonzado de su ferocidad.

—¿No quieres almorzar conmigo?

Clara, sin fuerzas para articular una palabra, contestó negativamente con la cabeza.

—Espera á lo menos que enganchen para llevarte á la estación.

No, siempre no.

Y continuó andando con el viejo detrás.

Erguida, muda, altiva, cruzó aquel patio lleno de recuerdos de su infancia sin volver atrás la cara.

—Adios, abuelo.

—Adios, pues, hija.

Y la puerta se cerró tras ella á golpe.

Ya á solas, la pobre Clara echó á andar de prisa, muy de prisa, casi á correr, pues no era aquello andar, sino huir. De repente, al llegar al extremo de la cerca, se encontró enfrente de aquella puerta verde festoneada de glicinas y madreselva, donde estaba el buzón de la quinta. Instintivamente se detuvo, herida por uno de esos súbitos fulgores del espíritu que se efectúan en nuestra memoria en las horas decisivas y ponen á nuestra vista exactamente los más insignificantes actos de nuestra vida, relativos á los males ó alegrías presentes. ¿Era el sol oblicuo y sonrosado que acababa de mostrarse repentinamente inundando la llanura aquella tarde de invierno, como en agosto á la hora del ocaso? ¿Era el silencio que la rodeaba, tur-

bado sólo por los rumores de la naturaleza, armoniosos, casi iguales en todas las estaciones?

Sea como quiera, ello es lo cierto que se vió tal como era tres años antes en el mismo sitio, el día aquel en que había echado una carta para Sidonia invitándola á ir á pasar una temporada en el campo con ella. Algo le advertía que toda su desventura databa de aquella fecha.

—¡Ah! ¡Si yo lo hubiera sabido!... ¡Si yo lo hubiera sabido!...

Y aún creía tener entre sus dedos el sobre satinado que iba á caer en la caja del buzón.

Entonces pensando en la niña ingenua, llena de esperanzas, dichosa, como era en aquel momento ido, se sintió poseída de indignación contra la injusticia humana, y con ser tan dulce ella de suyo, exclamó airada:

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué hecho yo para esto?

Luégo dijo de repente:

—No, no es verdad... Es imposible... Mienten todos.

Y andando andando hacia la estación, la infeliz procuraba convencerse y... no podía conseguirlo.

La verdad entrevista es como esos rayos de sol velados que fatigan más que los descubiertos. En la media luz que la rodeaba, la pobre mujer veía más claro de lo que hubiera querido. Ahora comprendía y se explicaba muy bien algunas particularidades de la vida de su esposo, sus inquietudes, su embarazo á veces, otras la abundancia de detalles que le daba al volver á casa sobre sus salidas y pasos y tardanzas, poniendo siempre por delante nombres propios como pruebas que nadie le pedía. Todas estas conjeturas daban para ella la evidencia de la falta. Sin embargo, aún se resistía á creerla y esperaba llegar á París para no dudar ya.

No había nadie en la estación, pequeña, aislada y

triste, donde raro es el viajero que se ve en invierno. Estando Clara sentada esperando el tren, miraba vagamente el triste jardín del jefe de estación, cuando sintió sobre su guante un soplo cálido y húmedo. Era su amigo Kiss, que la había seguido y le recordaba sus partidas de otro tiempo con mil halagos y caricias, terminando por tender su blanca piel á los piés de su ama en los ladrillos de la sala de espera. Estas humildes caricias que venían á buscarla como tímidas simpatías, la hicieron romper en sollozos largo tiempo reprimidos. Pero muy luégo tuvo vergüenza de su debilidad, y se levantó, despidió al perro indicándole la quinta y se enjugó los ojos rápidamente, porque el tren de París llegaba y tenía necesidad de todo su valor.

El primer cuidado de Clara al llegar á París fué ir á casa del joyero de la calle de la Paz, que al decir del abuelo, había vendido á Jorge los diamantes. Si esto era verdad, todo lo demás lo sería también; pues su miedo de saber la verdad era tan grande, que una vez allí, delante de aquel lujoso escaparate, se detuvo sin atreverse á entrar. Por disimular se puso á mirar atentamente las joyas dispersas en los terciopelos de los estuches; y viéndola tan elegante, aunque modesta, en aquella actitud, se hubiera podido tomar por una esposa feliz, más bien que por un alma afligida y turbada que iba á buscar allí el secreto de su vida.

Eran las tres de la tarde.

En invierno, á esta hora, la calle de la Paz tiene una fisonomía deslumbradora. Entre la mañana corta y la noche que viene tan pronto, la existencia es más rápida en aquellos lujosos barrios: es un continuo ir y venir de carruajes, un movimiento de ruedas no interrumpido, y en las aceras apresuramiento, encuentros, frotamiento de sedas. El invierno es la grande estación de París. Para ver bello, opulento, feliz á este París del

diablo hay que mirarlo bajo un cielo nebuloso, cargado de nieves. La naturaleza está, por decirlo así, ausente del cuadro: ni aire ni sol; apenas la luz bastante para que los colores más bajos, los menores reflejos tomen un valor admirable, desde el tono gris rojizo de los monumentos hasta las perlas de azabache que adornan los trajes de las mujeres. Los carteles de teatros y conciertos resplandecen como alumbrados por los esplendores de la escena. Los almacenes no se desocupan; parece que circula, bulle y rebulle la gente buscando pábulo, haciendo aprestos para una fiesta perpetua. Entonces, si hay un dolor en medio de este ruido y movimiento, parece allí todavía más triste y repulsivo.

Por espacio de cinco minutos padeció Clara un martirio peor que la muerte. Allá en el camino de Savigny, en la inmensidad de las desiertas llanuras se esparcía su dolor al aire libre; aquí la sofocaba. Las voces que sonaban á su lado, el rozamiento inconsciente de los paseantes, todo aumentaba su suplicio.

Por fin se decidió á entrar...

—¡ Ah! sí, señora... exactamente... Mr. Fromont... un collar de diamantes y rosas... Podríamos hacerle la pareja por... veinticinco mil francos.

Cinco mil menos que á él.

—Gracias... lo pensaré — dijo Clara.

Un espejo en que al pasar vió sus lívidas ojeras y su palidez de muerte, le dió miedo. Y se retiró apresuradamente, esforzándose para tenerse en pié.

No pensaba ya más que en huir de aquella calle, del gentío, de su ruido y movimiento; en hallarse sola, completamente sola, para poder llorar, para abismarse en la sima de pensamientos crueles que se agitaban en su alma.

—¡ Oh! ¡ infame! ... ¡ Y yo que todavía esta noche lo consolaba, lo estrechaba entre mis brazos!

Muy luego, sin saber cómo, se encontró en el patio de la fábrica. ¿Qué camino había llevado? ¿Había ido á pié ó en carruaje? No se acordaba de nada: había obrado inconscientemente, como en un sueño. El sentimiento de la realidad la volvió fiera, cruel al llegar á las gradas de su casa.

Risler estaba allí disponiendo que subieran cestas de flores al segundo piso para el baile que daba su mujer aquella misma noche. Con su calma habitual dirigía la operación y aun ayudaba para que no se estropearan las dichosas flores.

Aquella atmósfera de placer y de fiesta de que iba huyendo la infeliz Clara, la perseguía hasta en su casa: era ya demasiada ironía. Sintióse indignada y pasó seria, severa, muda, sin devolver siquiera el saludo que le hizo Risler, respetuoso con ella, como siempre.

Desde aquel momento estaba hecha su resolución.

La cólera, una cólera de honradez y de justicia, iba á hacerle obrar.

Apenas entró, besó de paso las frescas mejillas de su hija y corrió al aposento de su madre.

—Pronto, mamá, pronto, vistase usted. Nos vamos, nos vamos de aquí.

La señora mayor se levantó lentamente de la butaca en que estaba muy ocupada limpiando la cadena de su reló con un alfiler que introducía en los eslabones con precauciones infinitas.

Clara reprimió un movimiento de impaciencia.

—Vamos, vamos pronto; prepare usted sus cosas.

Su voz temblaba, y hasta el aposento de la pobre maníaca hubo de parecerle mal tan reluciente con aquella limpieza que poco á poco había venido á ser una locura. Y es que se hallaba en uno de esos sinietros momentos en que una ilusión perdida hace que se pierdan todas, haciendo ver el fondo de la miseria

humana. Entre la madre, medio loca, el marido infiel y la hija demasiado pequeña, se le presentaba por la primera vez la conciencia de su aislamiento, pero esto no hacía sino robustecer su resolución.

En un momento, toda la gente de casa estaba ocupada en los preparativos de aquella partida tan imprevista y pronta. Clara les daba prisa á todos, vestía á su madre y á su hija, muy contenta con aquel trastorno.

Quería la esposa burlada partir antes de que volviera Jorge, para que al llegar encontrara la cuna vacía y la casa desierta. ¿Adónde iría? No lo sabía aún: tal vez á casa de una tía suya que vivía en Orleans; tal vez á Savigny... á cualquier parte. Partir, huir de aquella atmósfera de mentira y traición era lo que importaba ante todo.

Estaba ella misma ocupada en recoger sus efectos y llenar los cofres. ¡Cruel ocupación! Cada objeto que quitaba de su sitio removía en ella mundos de recuerdos. ¡Hay tanto de nosotros mismos en todo lo que nos sirve!... Á veces el perfume de un saquito, el dibujo de un encaje bastaba para hacerla llorar.

De pronto un paso lento y pesado resonó en el salón, cuya puerta estaba entreabierta: luego tosió ligeramente á alguien, como para anunciarse.

Clara creyó que era Risler, porque él solo tenía derecho para entrar hasta ella con esta familiaridad. La idea de encontrarse con aquella cara hipócrita, hubo de repugnarle tanto, que se precipitó á cerrar la puerta.

—No estoy visible para nadie.

La puerta, sin embargo, se resistió y apareció luego en el entorno la cara cuadrada de Sigismundo.

—Soy yo, señora — dijo en voz baja.

—Y bien...

—Vengo por el dinero.

—¿Qué dinero?— preguntó Clara, que ni se acordaba ya de semejante cosa.

—Los fondos para el vencimiento de mañana. Al salir el principal, me dijo que usted me los entregaría.

—¡Ah! sí... es verdad... cien mil francos... Pues no los tengo, señor Planus... no tengo nada.

—Entonces— dijo el cajero con un acento extraño, como si hablara para sí— entonces... el protesto y la quiebra.

Y se volvió lentamente.

¡La quiebra!

Clara se sentó espantada, aniquilada.

Hacía algunas horas que la ruina de su honor le había hecho olvidar la ruina de la casa; pero ahora la recordaba.

¡Con que su marido estaba arruinado!

Ahora cuando vuelva sabrá su desastre, y sabrá al mismo tiempo que su mujer y su hija lo han abandonado, que se queda solo en medio de su conflicto.

Solo enteramente, él tan flaco que no sabe más que llorar, quejarse como un niño. ¿Qué va á ser del desgraciado?

Clara tuvo compasión de él, á pesar de su crimen.

Luégo tuvo el temor de que interpretara mal su fuga, suponiendo que huía de la quiebra, de la pobreza. Podría decir Jorge:

—¡Ah! si fuera rico no me hubiera abandonado.

¿Debió dejarle esta duda?

Para un alma tan noble y generosa como el alma de Clara, bastaba esto para cambiar de resolución.

Muy luégo se obró en ella este movimiento de ánimo: calmáronse todas sus repugnancias y rebeldías, y una luz repentina iluminó mejor la conciencia de sus deberes.

Con esto, cuando fueron á decirle que la niña estaba ya vestida, y todo preparado, dijo inspirada por su nueva resolución:

—Es inútil: no partimos ya.

